

## La elección

EL Profeta hablaba continuamente del Paraíso y, cuando lo hacía, era como un hombre que está viendo lo que describe. Esta impresión era, confirmada por otros muchos signos, como por ejemplo cuando en una ocasión extendió su mano como para tomar algo y luego la retiró. Él no dijo nada, pero algunos de los que estaban con él advirtieron su acción y le preguntaron acerca de ello. *“Vi el Paraíso”,* dijo, *“y alargué la mano para tomar un racimo de sus uvas; si lo hubiera tomado habríais comido de él mientras hubiese durado el mundo”* (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, XVI, 8). Se habían acostumbrado a pensar en él como en alguien que hasta cierto punto ya está en el Más Allá. Quizás era en parte por este motivo por lo que, cuando les hablaba de su muerte y cuando infería indirectamente, como ahora hacía a menudo, que podría ser inminente, sus palabras les causasen poca impresión. Además, a pesar de sus sesenta y tres años aún conservaba la talla y la gracia de un hombre mucho más joven. Sus ojos aún eran brillantes y en su negra cabellera apenas había unas pocas canas. Sin embargo, en una ocasión, una observación suya cuando se encontraba con sus esposas fue de tan mal augurio que provocó que se planteara la cuestión de cuál de ellas sería la primera en reunirse con él en el otro mundo. Él respondió: *“La de brazos más largos será la primera en reunirse conmigo”* (Ibn Saad, VIII, 76/7), ante lo cual se pusieron a medirse los brazos, unas contra otras. Presumiblemente, aunque no se dice, Sawdah fue la ganadora en este concurso, ya que era la más alta y la de miembros más largos en general. Zaynab, por el contrario, era una mujer pequeña, con los brazos proporcionados a su estatura. Pero fue Zaynab la que murió primero, unos diez años después. Sólo entonces comprendieron que por *“la de los brazos más largos”* el Profeta había querido decir la más desprendida, porque Zaynab era sumamente generosa, al igual que su predecesora del mismo nombre, que había sido llamada *“la madre de los pobres”*.

Una noche, no mucho después de que el Profeta ordenase hacer los preparativos para la campaña de Siria y antes de que el ejército hubiera partido, convocó a un liberto suyo, Abu Muwayhibah, a altas horas, y le dijo: *“Se me ha ordenado pedir el perdón para los moradores del cementerio. Vente, pues, conmigo”*. Salieron juntos y cuando llegaron al Baqi el Profeta dijo: *“¡La Paz sea con vosotros, gentes de las tumbas! Alegraos de vuestro estado. ¡Cuánto mejor es que el estado en que viven los hombres ahora! Las disensiones vienen como olas en una noche oscura, la una más fuerte que la anterior, cada una peor que la última”*. Luego se volvió hacia Abu Muwayhibah y dijo: *“Se me han ofrecido las llaves de los tesoros de este mundo y la inmortalidad en él seguida del Paraíso, y se me ha dado la elección entre eso y el encuentro con mi Señor y el Paraíso.”* *“¡Oh tú que me eres más querido que mi padre y mi madre!”*, dijo Abu Muwayhibah, *“toma las llaves de los tesoros de este mundo y la inmortalidad en él, seguida del Paraíso”*. Pero el Profeta le respondió diciendo: *“Ya he elegido el encuentro con mi Señor y el Paraíso”*. A continuación pidió el perdón para las gentes del Baqi. (Ibn Ishaq, 1000).

Fue aquel día al alba, o quizás al día siguiente, cuando su cabeza le dolió como nunca le había dolido antes, pero él sin embargo acudió a la Mezquita, y después de dirigir la plegaria se subió al almimbar e invocó las bendiciones sobre los mártires de Uhud, como si —así se dijo después— lo estuviera haciendo por vez última. Luego dijo: *“Hay un siervo de entre los siervos de Allah le ha ofrecido la elección entre este mundo y lo que está con Él, y el siervo ha elegido lo que está con Allah”*. Al decir esto, Abu Bakr lloró, porque sabía que el Profeta estaba hablando de sí mismo y que la elección

significaba una muerte inminente. El Profeta se dio cuenta de que había comprendido y, diciéndole que no llorase, añadió: *“Gentes, el hombre más benéfico para mí por su compañerismo y por su generosidad es Abu Bakr, y si yo tuviera que tomar de entre todos los hombres un amigo inseparable ése sería Abu Bakr, pero el compañerismo y la hermandad de fe son nuestros hasta que Allah nos una en Su Presencia”*. Fue en aquella ocasión cuando dijo, mirando en torno suyo a las múltiples entradas a la Mezquita desde las casas particulares que la rodeaban: *“Observad esas puertas que se abren sin derecho a la Mezquita. Tapiad todas excepto la de Abu Bakr”* (Ibn Ishaq, 1006). Antes de dejar el almimbar dijo: *“Yo voy delante de vosotros y soy vuestro testigo. Vuestra cita conmigo es en el Estanque<sup>(1)</sup>, el cual ciertamente estoy viendo desde donde me encuentro ahora. No temo que vayáis a asociarle dioses a Allah, sino que temo por vosotros en este mundo, que busquéis rivalizar los unos con los otros en ganancias mundanas”* (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, LXIV, 17).

Desde la Mezquita se volvió a la estancia de Maymunah, a quien le correspondía el turno de hospedarlo. El esfuerzo de su alocución había aumentado su fiebre y, al cabo de una o dos horas, deseando hacer saber a Aishah que se encontraba enfermo salió brevemente a visitarla. A ella también le dolía la cabeza y cuando él penetró en su estancia, ella protestó: *“¡Ah, mi cabeza!”* *“No, Aishah”*, dijo el Profeta, *“es jah, mi cabeza!, la mía”*. Sin embargo, él la miró, como buscando en su rostro alguna señal de una enfermedad mortal y, no hallando ninguna, le dijo: *“Desearía que sucediera”* —se refería a la muerte de Aishah— *“mientras yo estoy aún con vida, para poder pedir perdón por ti, invocar la misericordia sobre ti, amortajarte, hacer la plegaria funeraria sobre ti y enterrarte”*. Aishah pudo darse cuenta de que se encontraba enfermo y se alarmó por el tono de su voz, pero trató de restarle importancia y consiguió que apareciera una leve sonrisa en el rostro del Profeta. Entonces repitió: *“No, sino que es jah, mi cabeza!”* (Ibn Saad, II/2, 10) y regresó con Maymunah.

Intentó comportarse como hacía cuando se encontraba bien y continuó dirigiendo las plegarias en la Mezquita como solía. Pero su enfermedad fue a más, hasta que llegó a un punto en que sólo podía hacer la plegaria sentado y dijo a la congregación que ellos también debían hacerla sentados. Al regresar a la estancia de la esposa que ese día le tocaba, preguntó: *“¿Dónde me corresponde mañana?”*, y ella mencionó el nombre de la esposa con la que estaría. *“¿Y dónde pasado mañana?”*, preguntó. De nuevo le respondió ella, pero tocada por su insistencia y adivinando que se encontraba impaciente por estar con Aishah, se lo dijo a las otras esposas, que acudieron junto a él y dijeron: *“Enviado de Allah, le hemos dado los días que nos corresponden contigo a nuestra hermana Aishah.”* (Ibn Saad, II/2, 30). Él aceptó su obsequio, pero se encontraba ya demasiado débil para caminar sin ayuda, por lo que Abbas y Ali le ayudaron a ir a la estancia de Aishah.

Le llegaron noticias de que se criticaba mucho su elección de un hombre tan joven como Usamah para mandar el ejército en la campaña de Siria y, que por ello, había un cierto relajamiento en los preparativos. Sintió la necesidad de responder a sus críticas, pero su fiebre era intensa, por lo que dijo a sus esposas: *“Verted sobre mí siete pellejos de agua de diferentes pozos para que pueda ir a los hombres y exhortarles”*.

Hafsah llevó una tina al cuarto de Aishah y las otras esposas llevaron agua; él se sentó en la tina mientras derramaban el agua sobre su cuerpo. Luego le ayudaron a vestirse y vendaron su cabeza, y dos hombres le condujeron entre ambos a la Mezquita, donde se sentó en el almimbar y se dirigió a los allí presentes, diciendo: *“¡Gentes, despachad la tropa de Usamah!, porque a pesar de que cuestionáis su*

liderazgo como cuestionasteis el liderazgo de su padre con anterioridad, sin embargo él es digno del *mando*, <sup>(2)</sup> *como su padre lo fue*". Descendió del almimbar y le ayudaron a regresar a la casa de Aishah. Los preparativos se aceleraron y Usamah salió con su ejército hasta Yurf, donde acamparon, a unas tres millas al norte de Medina.

Cuando se produjo la siguiente llamada a la plegaria el Profeta sintió que no podía seguir dirigiéndola ni siquiera sentado, y dijo entonces a sus esposas: *"Comunicadle a Abu Bakr que dirija a la gente en la plegaria"*. Pero Aishah temió que a su padre le dolería mucho ocupar el lugar del Profeta. *"Enviado de Allah"*, le dijo, *"Abu Bakr es un hombre muy sensible, de voz débil y muy dado a las lágrimas cuando recita el Corán"*. *"Decidle que dirija la plegaria"*, dijo el Profeta, como si ella no hubiera hablado. Aishah lo volvió a intentar, ahora sugiriéndole que debía ser Omar quien ocupase su lugar. *"Decidle a Abu Bakr que dirija la plegaria"*, insistió. Aishah había lanzado una mirada de súplica a Hafsa, quien entonces empezó a hablar, pero el Profeta lo acalló con las palabras: *"Son como las mujeres que estaban con José."* <sup>(3)</sup> *Decid a Abu Bakr que dirija a la gente en la plegaria. Que quien censura halle falta y que el ambicioso aspire, para Allah y los creyentes no será de otra manera."* (Ibn Saad, II/2, 20). Repitió la última frase tres veces y, durante el resto de su enfermedad, Abu Bakr dirigió la plegaria.

El Profeta permanecía mucho tiempo tumbado, con la cabeza descansando sobre el pecho o el regazo de Aishah; pero cuando Fatimah llegaba, Aishah se retiraba durante un rato para permitir que padre e hija estuvieran solos y, en una de esas visitas, Aishah le vio susurrar algo a su hija, por lo que entonces ella comenzó a llorar; le confió además otro secreto y las lágrimas se tornaron en risa. Cuando se marchaba, Aishah le preguntó qué le había dicho y ella respondió que se trataba de secretos que no podía revelar. Pero más tarde le diría: *"El Profeta me dijo que moriría de la enfermedad de la que murió y por ello lloré tanto. Luego me dijo que yo sería la primera persona de su casa en seguirle y por ello reí"* (Muhammad ibn Ismail al-Bujari, LXII, 12).

El Profeta sufrió mucho dolor en su enfermedad y un día, cuando padecía lo indecible, su esposa Safiyyah le dijo: *"¡Profeta de Allah, ojalá que yo tuviera lo que tú tienes!"*, ante lo cual algunas de las otras mujeres intercambiaron miradas y murmuraron entre sí que eso era hipocresía. El Profeta las vio y dijo: *"ve a enjuagaros la boca"*. Le preguntaron por qué y él respondió: *"Por difamar a vuestra compañera. Por Allah, ella dijo la verdad con todo su corazón"* (Ibn Saad, VIII, 91).

Umm Ayman acudía constantemente y mantenía a su hijo informado. Él ya se había resuelto a no avanzar más y a permanecer en el campamento de Yurf hasta que Allah decidiese. Pero una mañana las noticias fueron tales que acudió a Medina y se presentó llorando al Profeta, el cual aquel día se encontraba demasiado enfermo para hablar, aunque plenamente consciente. Usamah se inclinó sobre él y lo besó, y el Profeta levantó su mano con la palma hacia arriba para pedir y recibir las bendiciones del Cielo. Luego hizo un gesto como si vaciara el contenido de su mano sobre Usamah, que regresó entristecido al campamento.

El día siguiente fue lunes doce de Rabi al-Awwal del año undécimo de la era islámica, es decir, el ocho de junio del año 632 d.C. Por la mañana temprano cedió la fiebre del Profeta y, aunque estaba demasiado débil, la llamada a la plegaria decidió a ir a la Mezquita. La plegaria ya había comenzado cuando él entró y la gente estuvo a punto de interrumpirla por la alegría que experimentaron al verlo, pero él les hizo una señal de que continuaran. Por un momento permaneció observándolos y su rostro

brilló con íntima satisfacción al advertir su piadosa conducta. Luego, radiante, avanzó, ayudado por Fadl y por Thawban, uno de sus libertos. *“Nunca vi el rostro del Profeta más hermoso que en aquella hora”*, dijo Anas. Abu Bakr había sido consciente del revuelo en las filas detrás de él. Sabía que sólo podía obedecer a una causa y que el hombre que ahora oía acercarse tenía que ser el Profeta. Así pues, sin volver la cabeza, retrocedió, pero el Profeta colocó su mano en el hombro de Abu Bakr y le empujó hacia delante para que continuase al frente de la congregación, diciendo: *“Dirige tú la plegaria”*, mientras él mismo se sentaba a la derecha de Abu Bakr y la hacía sentado.

Fue grande el regocijo por esta aparente mejoría y poco después de la plegaria llegó Usamah esperando encontrarse al Profeta peor; así pues, cuando vio que había mejorado, su alma se llenó de alegría. *“Partid, con las bendiciones de Allah”*, dijo el Profeta. Usamah se despidió entonces del Profeta y regresó a Yurf, donde dijo a sus hombres que se preparasen para marchar hacia el norte. Mientras tanto, Abu Bakr se había despedido para ir hasta Medina Alta. Ya antes de su matrimonio con Asma había estado prometido durante mucho tiempo a Habibah, la hija de Jariyah, el jazrachí en cuya casa se había alojado diez años antes cuando llegó al oasis, y se habían casado hacía poco. Habibah continuaba viviendo con su familia en Surnh, a donde fue a visitarla ahora.

El Profeta regresó a la estancia de Aishah ayudado por Fadl y Thawban, Ali y Abbas lo siguieron allí, pero no permanecieron mucho tiempo y, cuando salieron, algunos hombres que estaban allí le preguntaron a Ali cómo estaba el Profeta: *“Alabado sea Allah”*, contestó Ali *“está bien”*. Pero cuando los que preguntaban se hubieron marchado, Abbas tomó a Ali de la mano y dijo: *“Juro que he reconocido la muerte en el rostro del Enviado de Allah, del mismo modo que siempre la he reconocido en los rostros de las gentes de nuestra tribu. Vayamos pues y hablemos con él. Si hemos de ser investidos con su autoridad, lo sabremos, y si es otra persona le pediremos entonces que nos recomiende a la gente para que nos trate bien.”* Pero Ali le dijo: *“¡Por Allah, no lo haré, porque si él nos negara la autoridad nadie después de él nos la daría!”* (Ibn Ishaq, 1011).

El Profeta ya había retornado a su lecho y yacía con la cabeza sobre el pecho de Aishah como si hubiese agotado todas sus fuerzas. Sin embargo, cuando su hermano Abd al-Rahman entró en la habitación con un palillo para los dientes en la mano, Aishah se dio cuenta de que el Profeta lo quería por la forma de mirarlo. Se lo tomó, pues, a su hermano y lo masticó un poco para suavizarlo, entonces se lo dio al Profeta, que se limpió los dientes vigorosamente a pesar de su debilidad.

Poco después perdió el conocimiento y Aishah pensó que se trataba del principio de la muerte, pero al cabo de una hora abrió los ojos. Recordó ella entonces que, él le había dicho: *“Ningún Profeta es tomado por la muerte antes de que se le haya mostrado su lugar en el Paraíso y luego se le haya ofrecido la elección entre vivir o morir”*. Comprendió Aishah que eso se había cumplido y que había regresado de una visión del Más Allá. *“¡Ahora no nos elegirá a nosotros!”* se dijo a sí misma. Entonces le oyó murmurar:

***“Quienes obedecen a Alá y al Enviado, están con los profetas, los veraces, los testigos y los justos a los que Alá ha agraciado. ¡Qué buena compañía!”***

(Corán, IV, 69)

De nuevo le oyó murmurar: “¡Allah mío, con la comunión suprema!” (Ibn Saad, II/2, 27), y éstas fueron las últimas palabras que le oyó decir. Gradualmente, su cabeza fue reclinándose sobre su pecho, hasta que las otras esposas comenzaron a lamentarse y Aishah le colocó la cabeza sobre una almohada y se unió a las demás en las lamentaciones.

---

- (1) Alimentado por el Kawthar, el río celestial dado al Profeta. El estanque es un lago donde los creyentes sacian su sed al entrar en el Paraíso.
- (2) Cuando, algún tiempo después, tuvo lugar la campaña, Usamah probó la verdad de estas palabras.
- (3) Refiriéndose a la voluntariosa esposa de Putifar y sus amigas. Véase Corán XII, 31-33.

## Los Grados

Los motivos espirituales estaban pobremente representados en muchas de las conversiones que recientemente habían tenido lugar y no tardó mucho en producirse la siguiente Revelación:

***“Los beduinos dicen: “¡Creemos!” Di: “¡No creéis! ¡Decid, más bien: ‘Hemos abrazado el Islam!’ La fe no ha entrado aún en vuestros corazones. Pero, si obedecéis a Alá y a Su Enviado, no menoscabará nada vuestras obras. Alá es indulgente, misericordioso”.***

(XLIX, 14)

Esta aleya completó la jerarquía del Islam, constituyendo la sumisión sin fe el grado inferior. Los grados superiores, es decir, los grados de la fe, son el tema —o mejor, uno de los temas— de la Aleya de la Luz, que había sido revelada al Profeta unos meses antes de la Tregua de Hdaybiyah. Allah es la Luz y este Nombre equivale en parte a Sus Nombres la Verdad y el Conocedor. La Verdad es el objeto del conocimiento y ambos son la luz opuesta a la oscuridad del error y la ignorancia. La luz es una, pero se manifiesta con diferentes grados de intensidad en la creación, grados de guía que irradian de la Verdad y grados de fe que irradian del Conocimiento.

El Corán afirma constantemente, tanto de sí mismo como de otros mensajes revelados, que son “Luz”, y ciertamente se le podría llamar “*el Libro de la Luz*” en virtud de sus continuas referencias a la iluminación de la guía que él da y a la iluminación de la fe que él aviva en las almas de los hombres. La Aleya de la Luz, que describe una serie de receptáculos iluminados por la luz divina, puede interpretarse como una definición de cuatro grados de iluminación:

***“Alá es la Luz de los cielos y de la tierra. Su Luz es comparable a una hornacina en la que hay un pabilo encendido. El pabilo está en un recipiente de vidrio, que es como si fuera una estrella fulgurante. Se enciende de un árbol bendito, un olivo, que no es del Oriente ni del Occidente, y cuyo aceite casi alumbra aun sin haber sido tocado por el fuego. ¡Luz sobre Luz! Alá dirige a Su Luz a quien Él quiere. Alá propone parábolas a los hombres. Alá es omnisciente.”***

(XXIV, 35).

En primer lugar se encuentra, en orden ascendente, la hornacina, que está iluminada pero que en sí misma no es luminosa. Luego está el cristalino recipiente de vidrio, sobre el cual se menciona el brillo del aceite, y finalmente está la llama misma. La mención de los símbolos recuerda otra aleya que comienza con la misma frase: “*Allah expone parábolas a los hombres*”, pero que añade la razón:

***“Proponemos estas parábolas a los hombres, pero no las comprenden sino los que saben.”***

(XXIX, 43)

y la totalidad de la Aleya de la Luz es una llamada a la reflexión. Muchos de los comentadores del Corán, incluidos algunos de los más antiguos, han dicho que la hornacina es el pecho del creyente y que el cristal es su corazón. Abdallah, el hijo de Abbas, probablemente repitiendo algo que su padre había oído de labios del mismo Profeta, ha transmitido: “*La guía de Allah en el corazón del creyente es como aceite puro que brilla antes de que el fuego lo haya tocado, y cuando el fuego lo toca aumenta sin cesar su esplendor. Así es el corazón en el creyente: actúa conducido por*

*la guía hasta que el conocimiento le llega*". (Tabari, Tafsir.). En la Aleya de la Luz los diferentes grados son indicados de una forma simbólica más que directa. Pero en otras partes, comenzando por algunas de las primeras Revelaciones, el Corán es más explícito. En una de éstas, la humanidad es dividida en tres grupos: los de la derecha, los de la izquierda y los adelantados. Los de la derecha son los salvados, los de la izquierda son los condenados. En cuando a los adelantados, es decir, los del grado superior, también llamados los siervos de Allah <sup>(1)</sup>, se dice de ellos que éstos son los allegados (a Allah), empleándose esta expresión también para los Arcángeles al distinguirlos de los Ángeles. Otra de las primeras Revelaciones introduce una tercera categoría en la jerarquía de los creyentes, los justos, que están entre los adelantados y los de la derecha. La relación entre estos tres grados puede inferirse de lo que dice el Corán sobre las bendiciones del Paraíso. Mientras que a los de la derecha se les da agua pura corriente para beber, sólo los adelantados tienen acceso directo a las fuentes más elevadas, mientras que a los justos se les da un brebaje que ha sido mezclado en una de estas fuentes, lo cual sugiere que son ellos quienes siguen los pasos de los adelantados.

***"Los justos beberán de copas de una mezcla alcanforada"***  
(LXXVI, 5)

***"mezclado con agua de Tasnim,"***  
(LXXXIII, 27)

Grados de superioridad están también implícitos por la Revelación en su mención del corazón. Hablando de la mayoría, dice:

***"¿No han ido por la tierra con un corazón capaz de comprender y con un oído capaz de oír? ¡No son, no, sus ojos los que son ciegos, sino los corazones que sus pechos encierran! "***  
(XXII, 46)

El Profeta, por otro lado, como los Profetas anteriores a él, dijo que su corazón estaba despierto, lo que quiere decir que sus ojos estaban abiertos. El Corán indica que esta posibilidad puede ser compartida, si acaso sólo hasta cierto punto, también por otros, porque a veces se dirige directamente a los dotados de intelecto. (XII, 111; XIII, 19; etc.). Se cuenta que el Profeta dijo de Abu Bakr: *"Él os sobrepasa no por mucho ayunar y hacer plegarias, sino por algo que está fijo en su corazón."* <sup>(2)</sup>

El Profeta hablaba con frecuencia de la superioridad de algunos de sus seguidores sobre otros, y en la Meca, en el momento de la victoria, cuando en su presencia Jalid replicó agriamente a Abd al-Rahman ibn Awf al haberle éste censurado, dijo: *"Tranquilo, Jalid, deja a mis Compañeros, porque aunque tuvieras el Monte Uhud todo de oro y lo gastaras por la causa de Allah, no alcanzarías el mérito de ninguno de mis Compañeros."* (Ibn Ishaq, 853).

Según la Revelación, las diferencias entre un grado y otro son mayores en la otra vida que en ésta:

***"¡Mira cómo hemos preferido a unos más que a otros! En la otra vida habrá, no obstante, categorías más elevadas y una mayor distinción. "***  
(XVII, 21)

Y el Profeta dijo: *"La gente del Paraíso verá el elevado lugar que está por encima de ellos como ahora ven el planeta brillante<sup>(3)</sup> en el horizonte oriental o en el occidental."* (Muslim ibn al-Hayyay al- Qushayri, LI, 4). Las disparidades entre hombre y hombre también se reflejan en la forma de su enseñanza, parte de la cual estaba reservada para los pocos que podían comprenderla. Abu Hurayrah dijo: *"He guardado en mi memoria dos tesoros de conocimiento que recibí del Enviado de Allah. Uno de ellos lo he divulgado, pero si hiciera público el otro cortaríais este cuello"*, y señaló hacia su propio cuello. (Muhammad ibn Ismail al- Bujari. III, 42).

Durante la marcha de regreso a Medina, después de las victorias de la Meca y Hunayn, el Profeta dijo a algunos de sus Compañeros: *"Regresamos de la Guerra Santa Menor a la Guerra Santa Mayor"*; y cuando uno de ellos preguntó: *"¿Cuál es la Guerra Santa Mayor, Enviado de Allah?"*, respondió el Profeta: *"La guerra contra el alma"*.<sup>(4)</sup>

El alma del hombre caído está dividida contra si misma. Acerca de estos aspectos inferiores el Corán dice:

***"El alma exige el mal, a menos que mi Señor use de Su misericordia"***  
(XII, 53)

Su mejor parte, es decir, la conciencia, es denominada

***"¡Juro por el alma que reprueba!"***  
(LXXV, 2)

y es ésta la que entabla la Guerra Santa Mayor, con la ayuda del Espíritu, contra el alma inferior.

Finalmente está el alma pacificada, o lo que es lo mismo, la totalidad del alma que ya no está dividida contra sí misma, una vez que la batalla ha sido ganada. Ésas son las almas de quienes han alcanzado el grado más elevado, el nivel de los más adelantados, los siervos de Allah, los allegados. El Corán se dirige a esta alma perfecta con las palabras:

***"¡Alma sosegada!  
¡Vuelve a tu Señor, satisfecha, acepta!  
¡Y entra con Mis siervos,<sup>(5)</sup>  
Entra en Mi Jardín!"***  
(LXXXIX, 27-30)

La doble naturaleza de esta bendición recuerda la promesa del Corán acerca de dos paraísos para el alma bendita, y también la referencia del Profeta a su propio estado final como *"el encuentro con mi Señor y el Paraíso"*. Para el alma pacificada, la entrada en *Mi Paraíso* corresponde al encuentro con mi Señor, mientras que la entrada entre *Mis siervos* corresponde al Paraíso, es decir, al segundo Paraíso.

El Paraíso Supremo, el de Allah, el encuentro con mi Señor, no es otro que el Ridwan. La siguiente aleya había sido revelada hacia poco:

***"Alá ha prometido a los creyentes y a las creyentes jardines por cuyos bajos fluyen arroyos, en los que estarán eternamente, y viviendas agradables en los jardines del edén. Pero la satisfacción de Alá será mejor aún. ¡Ése el éxito grandioso!"***  
(IX, 72).

El Profeta también habló del grado supremo en tanto en cuanto podía ser alcanzado durante la vida en la tierra, y este hadiz es uno de los llamados hadices “qudsí”, porque transmiten las palabras directas de Allah: *“Mi servidor se acerca continuamente a Mí a través de obras meritorias hasta que Yo lo amo, y cuando Yo lo amo Yo soy el oído a través del cual él oye, Yo soy su vista, mediante la que él ve, y la mano con la que él puede atrapar. Yo soy su pie, con el que camina”* (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, LXXXI, 37).

La principal de las devociones meritorias es el *dhikr* Allah, que puede traducirse por *“el recuerdo de Allah o la invocación de Allah”*. En una de las primeras Revelaciones le fue ordenado al Profeta:

***“¡Y menciona el nombre de tu Señor y conságrate totalmente a Él!”***  
(LXXIII, 8)

Una Revelación posterior dice:

***“¡Recita lo que se te ha revelado de la Escritura! ¡Haz la azalá! La azalá prohíbe la deshonestidad y lo reprobable. Pero el recuerdo de Alá es más importante aún. Alá sabe lo que hacéis. ”***  
(XXIX, 45)

Con referencia a la ceguera del corazón y a su cura el Profeta dijo: *“Para cada cosa hay un barniz que quita la herrumbre, y el barniz del corazón es el recuerdo de Allah”* <sup>(6)</sup>. Y cuando le preguntaron quién disfrutaría del rango más elevado en la estima de Allah el Día de la Resurrección, dijo: *“Los hombres y mujeres que recuerdan a Allah mucho invocándolo”*. Y cuando le preguntaron si estarían por encima incluso del hombre que había luchado por la causa de Allah, respondió: *“Aunque empuñe su espada contra los infieles e idólatras hasta que esté rota y manchada de sangre, aun así, el que recuerda a Allah tiene un grado más excelente que el suyo”* (Muhammad ibn Isa al-Tirmidai, XLV).

---

<sup>(1)</sup>LXVI,6; LXXXIX, 29. El Corán emplea el término “siervos de Allah” con dos sentidos, uno completamente inclusivo —incluso Satanás es su siervo— y el otro sumamente exclusivo, como en los versículos citados, y también en el siguiente, que se dirige a Satanás: “Pero no tendrás ninguna autoridad sobre mis siervos” (XVII, 65).

<sup>(2)</sup>Al-Hakim al-Tirmidhi, Nawadir al-Usul.

<sup>(3)</sup>Venus

<sup>(4)</sup>Bayhaqui, Zuhd. Bayhaqui, Daawat.

<sup>(5)</sup>Se refiere al Ridwan mutuo.

<sup>(6)</sup>Bayhaqui, Daawat.

## El futuro

El Profeta ha dicho: *"Los mejores de mi pueblo son los de mi generación; luego, los que vienen después de ellos; luego, los siguientes"* (Muhammad ibn Ismail al-Bujari, LXII, 1). Y él se regocijaba con los miembros destacados de su generación, esto es, con aquéllos a los que consideraba sus Compañeros. A diez de ellos que lo visitaron en una ocasión, les prometió el Paraíso. Éstos eran Abu Bakr, Omar, Uthman, Ali, Abd al-Rahman ibn Awf, Abu Ubaydah, Talhah, Zubayr, Saad de Zuhrah y Said el hijo de Zayd al-Hanif. Ya había dado la misma seguridad a algunos de ellos antes, y los libros de sus tradiciones han conservado muchos de sus grandes elogios de los Diez Prometidos y de otros a los que también dio buenas nuevas del Paraíso, como cuando afirmó: *"El Paraíso suspira por tres, por Ali por Ammar<sup>(1)</sup> y por Salman"* (Muhammad ibn Isa al-Tirmidai, XLVI, 33). A Fatimah le dijo: *"Tú eres la más noble de las mujeres del Paraíso, con la única excepción de la Virgen María, la hija de Imran<sup>(2)</sup>"*. Como predicción del gran papel que desempeñaría Ali, como uno de los principales transmisores de su sabiduría a las generaciones futuras, dijo: *"Yo soy la ciudad del conocimiento y Ali es su puerta"* (Muhammad ibn Isa al-Tirmidai, XLVI, 20); y dijo en general: *"Mis Compañeros son como las estrellas; cualquiera que sigáis os guiará rectamente"* <sup>(3)</sup>

Cuando los hombres regresaron de Tabuk, se habían dicho entre sí que sus días de combate habían terminado y esta idea se vio tan reforzada por la llegada de las diversas delegaciones que continuaron durante todo el año décimo, que muchos de los creyentes se pusieron a vender sus armas y armaduras. Pero cuando el Profeta se enteró de esto les prohibió hacerlo, diciendo: *"Mis gentes no dejarán de luchar por la verdad hasta que aparezca el Anticristo"*. También dijo: *"Si supierais lo que Yo sé, reiríais poco y lloraríais mucho"* (Muhammad ibn Ismail al-Bujari, LXXXI, 27) y *"No vendrá sobre vosotros un tiempo que no sea seguido de uno peor"* (Muhammad ibn Ismail al-Bujari, XCII, 14). Les advirtió que su pueblo seguiría seguramente a los judíos y cristianos en el sendero de la degeneración: *"Seguiréis a los que os precedieron palmo a palmo y codo a codo, hasta el punto de que si ellos descendieran a la madriguera de un reptil ponzoñoso, vosotros los seguiríais"* (Muslim ibn al-Hayyay al-Qushayri, XLVIII, 6). Y hablando de lo más bajo de la decadencia, que será alcanzado por la humanidad en general antes del fin, dijo: *"El Islam comenzó como un extraño y se convertirá una vez más en un extraño"* (Muslim ibn al-Hayyay al-Qushayri, 1, 232). Con todo, prometió que Allah no los abandonaría: *"Allah enviará a esta comunidad, al comienzo de cada centuria, uno que renovará para ella su religión"* (Abu Daud al-Siyistani, XXXVI, 1). En otra ocasión, los Compañeros que se encontraban con él le oyeron exclamar más de una vez: *"¡Oh hermanos míos!"*; ellos le dijeron: *"Enviado de Allah, ¿no somos nosotros tus hermanos?"*, y él contestó: *"Vosotros sois mis compañeros. Pero mis hermanos están entre aquéllos que todavía no han venido"*, —en otras versiones, *"que vendrán en los últimos días"*—. La forma en que habló dio a entender que se estaba refiriendo a personas de gran eminencia espiritual.

También profetizó que, a pesar de los males de los últimos días, surgirá un jalifa al cual los hombres llamarán el *"Mahdí"*, que significa *"el bien guiado"*: *"El Mahdí será de mi estirpe y tendrá la frente ancha y la nariz aquilina. Llenará la tierra de bien y justicia, como había estado llena de mal y opresión. Reinará siete años"* (Abu Daud al-Siyistani, XXXV, 4).

Pero por último, hacia el final o después de su reinado, aparecerá el Anticristo, "un hombre ciego del ojo derecho, en el que toda luz está extinguida, como si fuera

una uva" (Muslim ibn al-Hayyay al- Qushayri, LII, 20) y causará gran corrupción sobre la tierra y, mediante su poder de obrar maravillas, se ganará cada vez más hombres para su bando. Pero habrá un cierto número de creyentes que luchará contra él. *"Cuando se apiñen para luchar", dijo el Profeta, "mientras enderezan las filas para la plegaria cuando se llame a ella, Jesús el hijo de María descenderá y los dirigirá en la plegaria. Y al ver a Jesús, el enemigo de Allah se disolverá como la sal se disuelve en el agua. Si se le dejara, se disolvería hasta perecer, pero Allah lo hará morir a manos de Jesús, que le mostrará su sangre en su lanza"* (Muslim ibn al-Hayyay al- Qushayri, LII, 9).

También habló de muchas señales por las que los hombres podrán saber que está próximo el cumplimiento de estas cosas finales, y como una de estas señales mencionó la excesiva altura de los edificios que los hombres construirían. Pero esa profecía se hizo en una gran ocasión, que se describirá más detalladamente, sobre la autoridad de Abdallah, el hijo de Omar, repitiendo las palabras de su padre.

Omar dijo: *"Un día, estando sentados con el Enviado de Allah, se presentó ante nosotros un hombre cuyas ropas eran de una blancura resplandeciente y sus cabellos sumamente negros; no había en él ninguna señal de viaje, pero ninguno de nosotros lo conocía. Se sentó rodilla contra rodilla ante el Profeta, sobre cuyos muslos colocó las palmas de sus manos, diciendo: '¡Muhámmad!, dime qué es la sumisión (Islam)'; y el Enviado de Allah respondió diciendo: 'La sumisión es dar testimonio de que no hay divinidad sino Allah y que Muhámmad es el Enviado de Allah, hacer la plegaria, dar el azaque, ayunar el mes de Ramadán y hacer, si se puede, la peregrinación a la Casa Sagrada'. Dijo él: 'Has dicho la verdad', y nos sorprendió que habiéndoselo preguntado, ahora lo corroborase. Luego dijo: 'Dime qué es la fe (imán)'. El Profeta respondió: 'Creer en Allah y Sus Ángeles, Sus libros, Sus Enviados y en el Día del Juicio, y creer que ningún bien o mal viene sino de su Providencia'. 'Has dicho la verdad', dijo de nuevo, y a continuación preguntó: 'Dime qué es la excelencia (ihsan)'. El Profeta respondió: 'Adorar a Allah como si lo vieras, porque aunque tú no lo veas Él, sin embargo, te ve a ti'. 'Has dicho la verdad', volvió a decir, y acto seguido: 'Háblame de sus signos'. A lo que el Profeta respondió: 'Que la esclava dará a luz a su ama <sup>(1)</sup>, y que los que no eran sino pastores descalzos, desnudos e indigentes, construirán edificios más altos y más altos'. Entonces el extraño se marchó y yo me quedé durante un rato después de haberse ido; entonces me dijo el Profeta: '¡Omar! ¿Sabes tú quién era el que me preguntaba?' Yo dije: 'Allah y Su Enviado son más sabios'. Y me dijo él: 'Era Gabriel, vino para enseñaros vuestra religión'." (Muslim ibn al-Hayyay al-Qushayri, 1, 1).*

---

(1) Al comienzo de Islam Ammar y sus padres, Yásir y Sumayyah fueron torturados por sus correligionarios miembros del mismo clan de Mecca

(2) Ahmad ibn Muhammad ibn Hanbal, III, 64. El Corán cuenta cómo los ángeles le dijeron a María: "Él (Allah) te ha escogido entre todas las mujeres del universo". (III, 42).

(3) Husayn ibn Mahmud al-Farra al-Bagawi, Mishkat al-Masabih. XXVI, Manaquib al-Sahabah.

(1) Una mujer que dé a luz una niña se convertirá por ello simplemente en su esclava, debido a la falta de respeto de los hijos de los últimos días por sus padres. La segunda parte del hadiz predice no sólo un caos en el orden social, sino también el triunfo final de la forma de vida sedentaria sobre la nómada, es decir, el sello final impreso sobre el asesinato de Abel por Caín.

## La peregrinación del adiós

Cuando el Profeta estaba en Medina durante el Ramadán tenía por costumbre realizar un retiro espiritual en la Mezquita durante los días centrales del mes, y algunos de sus Compañeros hacían lo mismo. Pero este año, después de guardar los diez días señalados, invitó a sus Compañeros a permanecer en retiro con él durante otros diez días, es decir, hasta el final del mes, lo cual hicieron. Todos los años en Ramadán era cuando Gabriel lo visitaba para asegurarse de que nada de la Revelación se le había olvidado, y este año, después del retiro, el Profeta confió a Fatimah, como un secreto que aún no había que contar a otros: *“Gabriel me recita el Corán y yo se lo recito a él una vez al año, pero este año lo ha recitado conmigo dos veces. No puedo sino pensar que me ha llegado la hora.”* (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, LXI, 25).

Pasó el mes de Shawwal, y durante el undécimo mes del año se proclamó por toda Medina que el Profeta en persona dirigiría la Peregrinación. La noticia fue comunicada a las tribus del desierto, y multitudes de todas las direcciones se congregaron en el oasis, felices de acompañar al Profeta en todos los pasos del camino. La Peregrinación sería diferente de cualquiera de las que habían tenido lugar en cientos de años: los peregrinos serían todos adoradores de Allah Uno y ningún idólatra profanaría la Casa Sagrada con la ejecución de ritos paganos. Cinco días antes de terminar el mes, el Profeta salió de Medina a la cabeza de más de treinta mil hombres y mujeres. Todas sus esposas estaban presentes, cada una en su litera, escoltadas por Abd al-Rahman ibn Awf y Uthman ibn Affan. Abu Bakr iba acompañado por su esposa Asma, la cual en una de las primeras paradas dio a luz un niño, al que llamaron Muhammad. Abu Bakr estaba por enviarla de vuelta a Medina, pero el Profeta le pidió que le dijera que hiciese la gran ablución y que luego se consagrara para la Peregrinación y continuara con ellos.

Al ocaso del décimo día de la partida de Medina, el Profeta alcanzó el paso a través del cual habían entrado en la Meca el día de la victoria. Allí pasó la noche y, a la mañana siguiente, cabalgó hacia la hondonada. Cuando tuvo la Kaabah a la vista, alzó sus manos en reverencia, dejando caer las riendas de su camello, que entonces tomó en su mano izquierda y, con la mano derecha extendida en súplica, pidió: *“¡Allah mío! Acrecienta esta Casa en el honor, magnificación, munificencia, reverencia y piedad que ha recibido de los hombres”* (Waqidi, 1097). Penetró en la Mezquita y dio las siete vueltas a la Kaabah, después de lo cual oró en la Estación de Abraham. A continuación, saliendo hacia Safa, recorrió siete veces el espacio entre ésta y Marwah, y los que iban con él se esforzaron todo lo posible para grabar en sus mentes las palabras exactas de alabanza y plegaria que en cada estación fue pronunciando.

De regreso a la Mezquita entró en la Kaabah con el guardián de sus llaves, Uthman de Abd al-Dar, llevando con él también a Bilal y Usamah, como antes. Pero aquella noche, cuando visitó a Aishah en su tienda, advirtió ella que estaba triste y le preguntó por qué. *“Hoy he hecho una cosa”,* dijo, *“que ojalá no hubiera hecho. He entrado en la Casa, y es posible que un hombre de mi gente”* —quería decir en años venideros— *“no pueda entrar en ella; por lo que sentirá una gran inquietud en su alma. Y solamente se nos ha ordenado dar vueltas a su alrededor, no se nos ha ordenado entrar en ella”* (Waqidi, 1100).

Nuevamente se volvió a negar a alojarse en ninguna casa de la Meca, a pesar de la súplica de Umm Hani de que se quedase con ella; y el octavo día de la luna

nueva cabalgó hacia el valle de Mina, seguido por el resto de los peregrinos. Después de pasar la noche allí prosiguió hacia Arafah, un amplio valle a unas trece millas al este de la Meca, justo fuera del recinto sagrado. Arafah se halla en el camino a Taif y está limitado al norte y al este por las montañas de Taif. Separada de éstas y rodeada por todos lados por el valle, se encuentra una colina que también se llama Arafah o el Monte de la Misericordia. Es la parte central de esta estación de peregrinación, que se extiende, sin embargo, por la mayor parte del terreno inferior; y fue sobre esta colina donde el Profeta estableció su posición aquel día.

Algunos de los mequíes expresaron sorpresa porque hubiera llegado tan lejos, pues mientras que los otros peregrinos proseguían hasta Arafah, el Quraysh había estado acostumbrado a permanecer dentro del recinto sagrado, diciendo: *“Somos el pueblo de Allah”*. Pero el Profeta dijo que Abraham había establecido el día de Arafah como una parte esencial de la Peregrinación y que el Quraysh había abandonado su práctica a este respecto. El Profeta recalcó aquel día la antigüedad de la Peregrinación y las palabras *“legado de Abraham”* estuvieron con frecuencia en sus labios.

Para inculcar en todas las tribus que el odio de sangre, en adelante, no tenía que existir en la totalidad de la comunidad islámica y que la vida y los bienes de todos los hombres eran sacrosantos, envió como pregonero por toda la multitud a Rabiah, el hermano de Safwan, que tenía una voz poderosa, y le dijo que proclamase: *“El Enviado de Allah dice: ¿Veis qué mes es éste?”* Permanecieron en silencio y él respondió: *“El mes sagrado”*. Luego preguntó: *“¿Veis qué tierra es ésta?”* De nuevo se quedaron callados y él respondió: *“La tierra santa”*. A continuación dijo: *“¿Veis qué día es éste?”*, y nuevamente fue él quien dio la respuesta: *“El día de la Gran Peregrinación”*. Entonces proclamó, según las instrucciones del Profeta: *“Ciertamente Allah os ha hecho inviolables la vida y la riqueza de vuestro prójimo hasta que os encontréis con vuestro Señor, como ha hecho inviolable este día vuestro, en vuestra tierra, en este vuestro mes.”*

Cuando el sol hubo pasado su cenit, el Profeta pronunció un sermón, el cual comenzó, después de alabar a Allah, con las palabras: *“¡Pueblo, escuchadme, porque no sé si me volveré a reunir con vosotros en este lugar después de este año!”*. Entonces los exhortó a tratarse bien y les recordó muchas cosas acerca de lo que estaba ordenado y de lo que estaba prohibido. Por último dijo: *“He dejado entre vosotros algo que, si os aferráis bien a ello, os preservará de todo error, una indicación clara, el Libro de Allah y la palabra de Su Profeta. ¡Pueblo! Escuchad mis palabras y comprended”*. Les comunicó entonces una Revelación que acababa de recibir y que completaba el Corán, ya que era el último pasaje revelado:

***“Hoy, quienes no creen han desesperado de prevalecer sobre vuestra religión; por lo tanto, no los temáis a ellos sino a Mí. Hoy os he perfeccionado vuestra religión, he completado Mi gracia sobre vosotros y me satisface haberos elegido el Islam como religión”*** - esto es lo que dice el Libro

(V, 3)

Terminó su breve sermón con una seria pregunta: ***“¡Gente! ¿Os he comunicado fielmente mi mensaje?”***. Un poderoso murmullo de asentimiento, ***“¡Allah mío, sí!”***, surgió de todas las gargantas y las vibrantes palabras ***Allahumma naam*** resonaron como un trueno por todo el valle. El Profeta levantó su dedo índice y dijo: ***“¡Allah, sé testigo!”*** (Ibn Ishaq, 969).

Se hicieron entonces las plegarias rituales; y el resto del Día de Arafah, como es llamado, fue empleado en la meditación y las súplicas. Pero tan pronto como el sol se hubo puesto, el Profeta montó en su camello y ordenando a Usamah montar detrás de él, cabalgó colina abajo y por el valle en dirección a la Meca, seguido por sus compañeros de peregrinación. La tradición exigía que en este punto se corriese rápidamente, pero a los primeros signos de exceso gritó: *“¡Más despacio! ¡Más despacio! ¡Con el espíritu tranquilo! ¡Y que los fuertes se preocupen de los débiles!”*. Pasaron la noche en Muzdalifah, que se encuentra dentro de los límites del recinto sagrado, y allí recogieron pequeños guijarros con los que lapidar a Satanás, que está representado por tres pilares en Aqabah en el valle de Mina. Sawdah le pidió permiso al Profeta para abandonar Muzdalifah a altas horas. Al ser de gran estatura y más corpulenta que la mayoría de las mujeres, había padecido más por el calor y los esfuerzos del viaje, y estaba ansiosa por cumplir el rito del lapidamiento antes de que llegase la multitud. La envió, pues, por delante en compañía de Umm Sulaym, escoltadas por Abdallah, uno de los hijos de Abbas.

El Profeta hizo la plegaria del alba en Muzdalifah y luego condujo a los peregrinos a Aqabah, con Fadl montado detrás de él en su camello. Era el mismo lugar y el mismo día en que doce años antes había conocido a los seis hombres del Jazrach que le habían prestado fidelidad, preparando así el camino para el Primer y el Segundo Aqabah. Después del lapidamiento los animales fueron sacrificados y el Profeta llamó a un hombre para que le afeitase la cabeza. Los peregrinos se reunieron en torno a él con la esperanza de obtener algunos mechones de su cabello. Abu Bakr comentaría posteriormente el contraste entre el Jalid de Uhud y el Foso, y el Jalid que dijo entonces: *“¡Enviado de Allah! ¡Tu cabellera! ¡No se la des a nadie salvo a mí, que mi padre y mi madre sean tu rescate!”* (Waqidi, 1108). Y cuando el Profeta se la dio, la apretó reverentemente contra sus ojos y sus labios.

El Profeta ordenó entonces a los peregrinos que visitasen la Kaabah y regresasen para pasar esa noche y las dos siguientes en Mina. Él esperó hasta bien avanzada la tarde. Luego sus esposas lo acompañaron a la Meca, todas menos Aishah, que no se encontraba en estado de pureza ritual. Unos días después, en cuanto estuvo ella en condiciones, la envió fuera del recinto sagrado escoltada por su hermano Abd al-Rahman. Allí se volvió a consagrar y, dirigiéndose a la Meca, dio las vueltas a la Kaabah.

Concluida la campaña en el Yemen, la tropa de trescientos caballeros que el Profeta había enviado en Ramadán se estaba aproximando a la Meca por el sur. Ali se había adelantado a sus hombres, ansioso por reunirse con el Profeta lo antes posible y realizar con él la Peregrinación, la cual acababa de hacer. Como parte del quinto botín perteneciente al estado había bastante ropa como para vestir a todo el ejército, pero Ali había decidido que tenía que ser entregado intacto al Profeta. En su ausencia, sin embargo, el hombre que había dejado al frente de la tropa fue persuadido para que diese a cada hombre una muda nueva de la ropa del quinto. El cambio era muy necesario, porque habían estado fuera de casa durante casi tres meses. Cuando se encontraban ya próximos a entrar en la ciudad, Ali cabalgó a su encuentro y se quedó asombrado al ver la transformación que había ocurrido. *“Les di los vestidos”,* dijo su lugarteniente, *“para que su aspecto pudiera ser más decoroso al pasar entre la gente”*. Todos los hombres sabían que en la Meca todo el mundo estaría vistiendo sus mejores galas en honor de la Fiesta, y estaban ansiosos por mostrarse en todo su esplendor. Pero Ali sintió que no podía tolerar una libertad así y les ordenó volverse a poner sus viejas ropas y devolver las nuevas al botín. Fue grande el resentimiento que se dejó sentir en el ejército por este motivo y cuando el Profeta se enteró de ello dijo:

*“¡Gentes!, no censuréis a Ali porque él es demasiado escrupuloso en la vía de Allah para que se le censure”.* Pero estas palabras no fueron suficientes, o quizás es que sólo las oyeron unos pocos, y el resentimiento continuó.

En el camino de vuelta a Medina uno de los de la tropa se quejó amargamente de Ali al Profeta, cuyo rostro empalideció. *“¿No estoy yo más cerca de los creyentes que sus propias personas?”*, preguntó y cuando el hombre asintió, añadió: *“De Aquél del cual yo estoy más cerca, Ali también está más cerca”.* Más adelante, durante el viaje, cuando se detuvieron en Gadir al-Jumm, congregó a todo el mundo y, tomando a Ali de la mano, repitió estas palabras, a las que añadió la plegaria: *“¡Allah mío, sé el amigo de quien es su amigo y el enemigo de quien es su enemigo!”*, y las murmuraciones contra Ali quedaron silenciadas. <sup>(1)</sup>

Una de las embajadas de los años anteriores había sido una tribu cristiana de Yamamah, los Bani Hanifah, cuyo territorio se extendía a lo largo del límite oriental del Nachd. Habían acordado abrazar el Islam, pero ahora uno de sus hombres, de nombre Musaylimah, afirmaba que él también era un Profeta y, poco después del regreso de los peregrinos, de la Meca dos enviados procedentes de Yamamah llevaron a Medina la carta siguiente: *“De Musaylimah el Enviado de Allah a Muhammad (saws) el Enviado de Allah, ¡la paz sobre ti! Se me ha dado el compartir contigo la autoridad. La mitad de la tierra es nuestra y la otra mitad pertenece al Quraysh, aunque es un pueblo trasgresor.”* El Profeta preguntó a los emisarios qué pensaban ellos sobre el asunto y respondieron: *“Somos de su misma opinión”.* *“¡Por Allah!”*, dijo el Profeta, *“si no fuera porque los emisarios no deben ser asesinados os cortaría la cabeza”.* A continuación dictó una carta para que se la llevaran a su señor: *“De Muhammad (saws) el Enviado de Allah a Musaylimah el impostor. ¡La paz sea sobre quien sigue la guía! Ciertamente la tierra es de Allah. Él la da en herencia a quien Él desea de entre Sus siervo, y el resultado final es en favor de los piadosos”* (Ibn Ishaq. 965).

Otros dos impostores aparecieron por aquella época, Tulayhah, un jefe de los Bani Asad, y Aswad ibn Kaab del Yemen. El yemení disfrutó de un breve éxito y rápidamente se hizo con el control de una extensa zona, pero su arrogancia pronto volvió contra él a muchos de sus seguidores y al cabo de unos pocos meses fue asesinado. Tulayhah fue derrotado finalmente por Jalid y, renunciando a todas sus pretensiones, se convirtió en una fuerza para el Islam. En cuanto a Musaylimah, fue su destino ser atravesado por una jabalina arrojada por Wahshi, y que Abdallah, el hijo de Nusaybah, le asestase un golpe mortal con su espada. Pero esta derrota sucedió varios meses después. Por el momento, cuando menguaba la luna de la Peregrinación y se entraba en el undécimo año de la Hégira, todos estos impostores eran peligros potenciales para el Islam y había también una mujer de Tamim, llamada Sayah, que pretendía ser profetisa. Pero el Profeta no estaba dispuesto a emprender una acción inmediata contra ninguno de ellos. Su atención se dirigía hacia el norte y, en los últimos días de Safar, el segundo mes del año, es decir, a finales de mayo del 632 de nuestra era, decidió que había llegado el momento de darle la vuelta a la derrota de Mutah. Después de ordenar que se hicieran los preparativos para una campaña contra las tribus árabes de Siria que habían flanqueado a las legiones imperiales el día en que, Yafar y Zayd fueron muertos, llamó a Usamah, el hijo de Zayd, y lo puso, a pesar de su juventud, al mando del ejército de tres mil hombres.

---

<sup>(1)</sup> Ibn Kathir, al-Bidayah wa al-Hidayah, V, 209.

## La sucesión y el entierro

Las señales que Abbas había sido el primero en ver se habían hecho también evidentes para otros; y antes de que la muerte aconteciese, Umm Ayman había enviado un mensaje a su hijo diciéndole que el Profeta se moría. Ya se había levantado el campamento para iniciar la marcha hacia el norte, pero Usamah al punto dio órdenes de regresar a Medina. Muchos de los Compañeros más antiguos se encontraban en el ejército, incluido Omar, y cuando fueron recibidos a su llegada a la ciudad con la noticia de que el fallecimiento se había producido, Omar se negó a creerlo. Había malinterpretado una aleya del Corán que él había pensado que quería decir que el Profeta sobreviviría a todos y a otras generaciones por venir, y se situó entonces en la Mezquita y se dirigió a la gente, asegurándoles que el Profeta estaba simplemente ausente en el Espíritu y que volvería. Mientras así hablaba, Abu Bakr regresó a caballo de Sunh, porque la noticia se había difundido rápidamente por todo el oasis. Sin detenerse para hablar con nadie, fue directamente a la casa de su hija y retiró del rostro del Profeta el manto con que lo habían recubierto: lo miró fijamente y luego lo besó. *“Más querido para mí que mi padre y mi madre”,* dijo, *“has probado la muerte que Allah decretó para ti. Después de ésta, ninguna otra muerte te acontecerá”.* Reverentemente volvió a extender el manto sobre su rostro y salió a la multitud de hombres a quienes Omar estaba aún dirigiéndose: *“¡Calma, Omar!”*, le dijo, mientras se aproximaba. *“¡Oídme hablar!”*. Omar no prestó atención y siguió hablando, pero al reconocer la voz de Abu Bakr la gente abandonó a Omar y se volvió a escuchar lo que el hombre de más edad tenía que contarles. Después de alabar a Allah, dijo: *“¡Gentes! Quien acostumbrara adorar a Muhammad (saws) ha de saber que ciertamente Muhammad (saws) ha muerto; y quien acostumbrara adorar a Allah, tenga presente ahora que, verdaderamente, Allah es Viviente y no muere”.* Luego recitó los siguientes versículos, que habían sido revelados después de la batalla de Uhud:

***“Mahoma no es sino un enviado, antes del cual han pasado otros enviados. Si, pues, muriera o le mataran, ¿ibais a volveros atrás? Quien se vuelva atrás no causará ningún daño A Alá. Y Alá retribuirá a los agradecidos.”***  
(III, 144)

Fue como si la gente no hubiera sabido de la revelación de esta aleya hasta que Abu Bakr la recitó aquel día. La escucharon de él y estuvo en los labios de todos. Omar diría posteriormente: *“Cuando oí a Abu Bakr recitar aquella aleya, me quedé tan asombrado que caí al suelo. Mis piernas ya no me sostenían, y me di cuenta de que el Enviado de Allah había muerto”.*

Ali se había retirado entonces a su casa; con él se encontraban Zubayr y Talhah. El resto de los Emigrados se congregaron en torno a Abu Bakr, y a ellos se les unieron Usayd y muchos otros de su clan. Pero la mayoría de los Ansar, tanto de Aws como de Jazrach, se habían reunido en el lugar de asamblea de los Bani Saidah, cuyo jefe era Saad ibn Ubadah, y a Abu Bakr y Omar les llegó la noticia de que estaban debatiendo allí acerca de quién debía ser el hombre sobre el que recayera la autoridad, ahora que el Profeta había muerto. Ellos habían aceptado gustosamente su autoridad, pero, faltando él, muchos de ellos se inclinaban a pensar que a los hijos de Qaylah tan sólo les podía gobernar un hombre de Yathrib, y parecía que estaban a punto de prestar su fidelidad a Saad.

Omar insistió a Abu Bakr para que fuese él a la asamblea y Abu Ubaydah acudió con ellos. Saad estaba enfermo y se hallaba postrado en el centro de la sala, envuelto en un manto. En nombre suyo, otro de los Ansar estaba a punto de dirigir la palabra a los reunidos cuando los tres hombres del Quraysh hicieron su entrada,

por lo que los incluyó en su discurso, que comenzó, después de la alabanza a Allah, con las palabras: *“Nosotros somos los Ansar de Allah y el ejército del Islam, y vosotros, Emigrados, sois de nosotros, porque un grupo de vuestro pueblo se ha establecido entre nosotros”*. El orador prosiguió en el mismo tono, glorificando a los Ansar y, aunque hizo compartir a los Emigrados una parte de esa gloria, se abstuvo deliberadamente de reconocer la posición única que ellos disfrutaban como la primera comunidad islámica. Cuando hubo terminado y Omar estaba a punto de comenzar a hablar, Abu Bakr lo acalló y él mismo habló, con tacto pero con firmeza, reiterando el elogio de los Ansar, pero señalando que la comunidad del Islam estaba ahora extendida por toda Arabia y que los árabes en conjunto no aceptarían la autoridad de nadie salvo de un hombre del Quraysh, porque el Quraysh mantenía una posición única y central entre ellos. Para terminar, tomó a Omar y a Abu Ubaydah, cada uno de una mano, y dijo: *“Os ofrezco uno de estos dos hombres. Prestad fidelidad al que queráis de ambos”*. Entonces se levantó otro Ansar y sugirió que hubiera dos autoridades, lo que condujo a una acalorada discusión, hasta que finalmente intervino Omar, diciendo: *“¡Ansar! ¿No sabéis que el Enviado de Allah ordenó a Abu Bakr dirigir la plegaria?”* *“Lo sabemos”*, respondieron. Y Omar siguió: *“Entonces, ¿quién de vosotros con gusto querrá precederle?”* *“No permita Allah que tomemos precedencia sobre él”*, contestaron, (Ibn Saad, II/2, 23), ante lo cual Omar tomó la mano de Abu Bakr y le prestó fidelidad, seguido de Abu Ubaydah y otros Emigrados que para aquel entonces se les habían unido. A continuación todos los Ansar que se encontraban presentes igualmente juraron fidelidad a Abu Bakr, con la excepción de Saad, que nunca lo reconoció como Jalifa <sup>(1)</sup> y que terminó emigrando a Siria.

A pesar de lo que se hubiera decidido en la asamblea, habría sido inaceptable para cualquier otro dirigir las plegarias en la Mezquita de Medina en lugar de Abu Bakr, mientras éste estuviera allí; y al alba del día siguiente, antes de dirigir la plegaria, él se sentó en el almimbar y Omar se levantó y se dirigió a los consagrados, pidiéndoles que prestaran fidelidad a Abu Bakr, al que describió como

***“Si le negáis auxilio, Alá sí que le auxilió cuando, expulsado por los infieles, con un solo compañero, le decía a éste estando los dos en la cueva: “¡No estés triste! ¡Alá está con nosotros!””***

(Corán IX, 40)

Una reciente Revelación había recordado el privilegio de Abu Bakr de haber sido el único Compañero que había acompañado al Profeta en aquel momento crucial y a una sola voz toda la asamblea le juró fidelidad —todos salvo Ali, que lo hizo más tarde <sup>(2)</sup>—.

A continuación Abu Bakr alabó a Allah y le dio gracias y se dirigió a ellos diciendo: *“Se me ha dado la autoridad sobre vosotros y no soy el mejor de vosotros. Si obro bien, ayudadme, y si lo hago mal, corregidme. El ser sincero respecto a la verdad es lealtad y la indiferencia a la verdad es traición. El débil de entre vosotros será duro conmigo hasta que haya asegurado sus derechos, si Allah quiere, y el fuerte de entre vosotros conmigo será débil hasta que le haya arrancado los derechos de otros, si Allah quiere. Obedecedme mientras obedezca a Allah y Su Enviado. Pero si desobedezco a Allah y Su Enviado, no me debéis obediencia. Levantaos para vuestra plegaria. ¡Allah tenga misericordia de vosotros!”* (Ibn Ishaq, 1017).

Después de la plegaria, la casa y la familia del Profeta decidieron que tenían que prepararlo para el entierro, pero estuvieron en desacuerdo en cuanto a cómo debía hacerse. Entonces Allah hizo que sobre ellos se abatiera el sueño, y en su sueño cada hombre escuchó una voz que decía: *“Lavad al Profeta con el manto puesto”*. Fueron, pues, a la estancia de Aishah, que por el momento ella había dejado libre, y Aws ibn Jawli, un jazrachí, pidió permiso para representar a los

Ansar, diciendo: *“¡Te lo imploro por Allah, oh Ali, y por nuestra parte en su Enviado!”*, y Ali le permitió entrar. Abbas y sus hijos Fadl y Qitam ayudaron a Ali a dar la vuelta al cuerpo, mientras Usamah derramaba agua sobre él, ayudado por Shuqran, uno de los libertos del Profeta, y Ali pasó su mano sobre todas las partes del largo manto de lana. *“Más querido para mí que mi padre y mi madre”*, dijo, *“¡cuán excelente eres en la vida y en la muerte!”* Incluso después de un día, el cuerpo del Profeta parecía estar inmerso simplemente en el sueño, salvo que no tenía ni respiración ni pulso, ni calor ni flexibilidad.

Los Compañeros discrepaban sobre dónde debía ser enterrado. A muchos les parecía que su tumba tenía que estar cerca de las de sus tres hijas, la de Ibrahim y la de los Compañeros que él mismo había enterrado y sobre quienes había hecho la plegaria funeraria, en el Baqi al-Garqad, mientras que otros pensaban que tenía que ser enterrado en la Mezquita; pero Abu Bakr recordó haberle oído decir: *“Ningún Profeta muere sin que se le entierre donde murió”*; así pues, se cavó la tumba en el suelo de la estancia de Aishah cerca del lecho donde yacía.

Entonces todo el pueblo de Medina lo visitó y rezó sobre él. Llegaron por tandas y cada grupo pequeño hizo la plegaria funeraria; primero los hombres, grupo tras grupo, y luego, cuando todos los hombres lo hubieron visitado, acudieron las mujeres, y después de ellas los niños. Aquella noche fue depositado en su tumba por Ali y los otros que le habían preparado para el entierro.

Grande fue el pesar en la Ciudad de la Luz, como ahora se llamaba a Medina. Los Compañeros se censuraban entre sí por llorar, pero todos lloraban. *“No es por él por lo que lloro”*, dijo Umm Ayman cuando le preguntaron por sus lágrimas. *“¿Acaso no sé que se ha ido a aquello que es mejor para él que este mundo? Sino que lloro porque se nos han cortado las nuevas procedentes del Cielo”* (Ibn Saad, 11/2, 83/4). Era, ciertamente, como si una gran puerta se hubiese cerrado. Sin embargo, recordaban que había dicho: *“¿Qué tengo yo que ver con este mundo? Este mundo y yo somos como un caminante y un árbol bajo el cual se cobija. Luego prosigue su camino y lo deja tras de sí.”* (Muhammad ibn Mayah, XXXVII, 3). Él había dicho esto para que todos y cada uno de ellos pudieran decirlo de sí mismos, y si la puerta ahora se había cerrado, estaría abierta, sin embargo, para el creyente en la hora de la muerte. Todavía resonaban en sus oídos las palabras: *“Yo voy delante de vosotros y soy vuestro testigo. Vuestra cita conmigo es en el Estanque”*. Habiendo comunicado su mensaje en este mundo, se había ido para realizarlo en el Más Allá, donde él seguiría siendo, para ellos y para otros, pero sin las limitaciones de la vida sobre la tierra, la Llave de la Misericordia, <sup>(3)</sup> la Llave del Paraíso, el Espíritu de la Verdad, la Felicidad de Allah.

***“Alá y sus ángeles bendicen al Profeta. ¡Creyentes! ¡Benedicidle vosotros también y saludadle como se debe!”***

(XXXIII, 56)

---

(1) En árabe, Jalifah, siendo el título completo Jalifa Rasul Allah, Sucesor del Enviado de Allah.

(2) Después de la muerte de Fatimah, unos meses más tarde, Ali le dijo a Abu Bakr: *“Conocemos bien tu preeminencia y lo que Allah ha derramado sobre ti, y no somos celosos de ningún beneficio de los que Él te ha concedido. Pero tú nos enfrentaste con un hecho consumado, sin posibilidad de elección, sentimos que teníamos algún reclamo en este asunto por la proximidad de nuestro parentesco con el Enviado de Allah”*. Entonces los ojos de Abu Bakr se llenaron de lágrimas, y dijo: *“Por Aquél en cuyas manos está mi alma, preferiría que todo marchara bien entre la familia del Enviado de Allah y yo, a que lo hiciera entre mi propia familia y yo”*. Aquel día, a mediodía, exculpó a Ali en la Mezquita por no haberle reconocido todavía como jalifa, ante lo cual Ali afirmó el derecho de Abu Bakr y le prestó fidelidad. (Muhammad ibn Ismail al- Bujari. LXIV, 38)

(3) Este y otros títulos que le siguen están tomados de las letanías tradicionales de los nombres del Profeta.